CÁBALAS Y AMOR.

DRAMA DE COSTUMBRES.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

(Ilustracion de *H. Lossow*. Grabados de *Closz* y *Ruff*.)

PERSONAS.

EL PRESIDENTE WALTER, principal funcionario de la córte de un Príncipe aleman.

FERNANDO, su hijo.

KALB, mariscal de la córte.

LADY MILFORD, la amiga del Príncipe.

WURM, secretario particular del Presidente.

MILLER, músico de la ciudad.

SU MUJER.

LUISA, hija de ambos.

SOFÍA, doncella de lady Milford.

UN AYUDA DE CÁMARA del Príncipe.

Personas que no hablan.

ACTO I.

—

ESCENA PRIMERA.

Aposento en casa del músico.

MILLER, se levanta de una silla, y deja á un lado el violoncello. Su MUJER, de trapillo, se sienta á la mesa á tomar café.

MILLER (*paseando por la sala á largos pasos*).

DIGO una vez por todas, que esto se pone sério. Empiezan á murmurar de mi hija y del baron, y con esto será infamada mi casa... llegará á oidos del Presidente lo que ocurre y... en fin, que le prohibo la entrada al muchacho.

SU MUJER.—Pero como tú no le has traido acá, ni fuiste á ponerle delante á la niña!

MILLER.—Verdad que no, pero vamos á ver, ¿quién lo tendrá en cuenta? Yo mando en mi casa y me tocaba vigilar á mi hija y tratar al Mayor con más formalidad. Lo que debia hacer era contárselo todo á Su Excelencia, su señor padre. A buen seguro que el baroncillo hubiera librado con una buena fraterna, mientras ahora recaerá todo sobre las espaldas del músico.

SU MUJER.—(*Sorbiéndose el café.*) Ca; todo eso es

puro pasatiempo y charla. ¿Qué puede ocurrir? ¿Qué cargos pueden hacerte, vamos á ver? Ejerces simplemente tu profesion, y tomas tus discípulos donde ocurre.

MILLER. — Pero dime... oye... ¿qué puede resultar de esas relaciones? Él no ha de casarse con la niña... ni siquiera se trata de eso... y lo que es tomarla por...

¡Dios nos libre de ello! Pues esto es lo que pasa ¿estás? Cuando uno ha corrido mundo, y ha hecho mil diabluras, comprendo que le sea grato ir á beber en una corriente pura y tranquila. Fíjate en ello, créeme; por mucho que abras los ojos y espies el menor latido de su corazon, ha de seducirla en tus barbas, darle el gran chasco y tocar despues las de Villadiego. Y ya me tienes á la niña deshonrada por toda la vida, abandonada, ó amancebada con él, si tanto le place. (*Golpeándose la frente.*) ¡Jesucristo!

SU MUJER. — Dios nos libre de ello.

MILLER. — Tratemos de librarnos de ello nosotros mismos. ¿Qué otra intencion puede llevar ese caballe-

rete? La muchacha es linda,... esbelta,... breve el pié... Cuanto á sus cualidades morales, eso poco importa. No es seguramente lo que se codicia de vosotras las mujeres, cuando Dios cuidó de regalaros un buen palmito antes que todo... Si llega á descubrir ese capítulo, ya le tienes tan campante como á mi Rodney cuando huele un frances. Con velas desplegadas se lanzará á... Y en esto no lo censuro; el hombre es hombre, ¡qué diablo!... algo se me alcanza de estas cosas.

SU MUJER. — ¡Si leyeras qué cucos billetitos escribe á la niña! ¡Buen Dios! Allí se ve claro como el dia, que sólo cura de su alma.

MILLER. — ¡Pues!... este es el modo. Por la peana se adora al santo. Por un beso de una linda boca, se empieza hablando mucho del corazon. ¿Cómo lo hacia yo? En cuanto se logra poner de acuerdo las almas, siguen como obedientes servidores los sentidos, sin que al fin de cuentas, haya hecho de tercero más que un rayo de luna.

SU MUJER. — Pero mira qué hermosos libros nos ha mandado el Mayor. Tu hija reza siempra con ellos.

MILLER. — (*Silbando.*) Sí; ¡para rezar! Veo que lo entiendes. Los simples bocados le parecen groseros al delicado estómago de Su Excelencia, y cuida antes de sazonarlos con arte en la infernal cocina de las buenas palabras... ¡Al fuego esos papelotes! Quién sabe que extraordinarias necedades aprende en ellos nuestra hija, que le van enardeciendo la sangre como cantáridas, y acabarán por hacerle perder la poca religion que su padre le dió con mucho trabajo. ¡Al fuego, repito! Va metiéndose en la cabeza todo un arsenal de diabluras, y á fuerza de soñar con tunantes, olvidará la casa, se avergonzará de tener por padre al músico Miller, y al fin puede que se niegue á dar la mano á un honrado y gallardo yerno que haya seguido con celo mis enseñanzas... No, no, ¡mal rayo me parta! (*Levan-*

tándose con viveza.) Es fuerza empezar desde luego... Cuanto al Mayor... sí;... ya verás cómo le planto de patitas en la calle. (*Hace que se va.*)

SU MUJER. — Miller, sé cortés. Mira que sus regalos valen buen dinero...

MILLER. — (*Volviendo y colocándose delante de ella.*) El precio de la deshonra de mi hija. Vete al diablo, alcahueta. Antes iria á mendigar con mi violon á cuestas, dando conciertos por un bocado de pan, ó romperia el contrabajo y le rellenara de paja, que dejarme tentar por el dinero que habia de arrebatarme mi hija y su ventura. Suprime el café y el tabaco, y el diablo me lleve si tienes ninguna necesidad de traficar con la cara de tu hija. Lo que es yo, siempre he comido y vestido como corresponde, antes que á ese malvado galan le diera por venir acá.

SU MUJER. — Mira no le dés con la puerta en los hocicos, que va á armarse la gorda. Lo que digo es que no conviene echar así de buenas á primeras á ese caballero, porque es hijo del Presidente.

MILLER. — Ahí está el *quid*. Precisamente por esto y sólo por esto, hemos de acabar hoy mismo. Si es honrado, el mismo Presidente ha de agradecérmelo. A ver, cepíllame el redingote de terciopelo rojo, que voy cuanto antes á ver á Su Excelencia, y á decirle: Su señor hijo de Vuecencia puso los ojos en mi hija. Mi hija es de oscura condicion y no puede casarse con el hijo de Vuecencia, pero vale demasiado tambien, para ser la manceba del hijo de Vuecencia, y... basta. Me llamo Miller.

ESCENA II.

El secretario WURM. — Dichos.

LA MUJER. — Buenos dias, señor secretario; dichosos los ojos... que le ven á V.

WURM. — Y á V. la miran, señora. Amigo, cuando se reciben las bondades de un hidalgo, poco se repara en un plebeyo como yo.

LA MUJER. — ¡Qué está V. diciendo, señor secretario! Verdad que el caballero de Walter nos favorece de cuando en cuando con su visita, pero Dios me libre por eso, de despreciar á nadie.

MILLER. — (*Contrariado.*) Arrímale una silla, mujer... ¿Quiere V. dejar el sombrero?

WURM. — (*Deja el sombrero y el baston y se sienta.*) ¿Y cómo está mi futura... ó mejor mi *pasada?*... No creo que por eso... ¿No está visible la señorita Luisa?

LA MUJER. — Mil gracias por su atencion, señor secretario. Crea V. que mi hija no es orgullosa.

MILLER. — (*De mal humor dándole un codazo.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Siento que no pueda ver á V., señor secretario; lo tendria á mucha honra. Ahora está en misa.

WURM. — Esto me gusta, esto me gusta; tendré con el tiempo mujer piadosa y buena cristiana.

LA MUJER. — (*Con risa estúpida.*) Sí... pero, señor secretario...

MILLER. — (*Con visible enfado, la tira de la oreja.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Por lo demas... esta casa es muy de usted y tendremos mucho gusto, señor secretario...

WURM. — (*Mirando con recelo.*) ¿Muy de V.?... Gracias... mil gracias... Hum... hum...

LA MUJER. — Pero como V. mismo comprenderá...

MILLER. — (*Enojado le da un golpe por detras.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Bueno es lo bueno, y lo mejor, mejor; no es cosa, sin embargo, de poner obstáculos á la dicha de nuestra única hija. (*Con grosera altivez.*) Usted comprende, señor secretario.

WURM. — (*Moviéndose en su asiento, se rasca la oreja*

y tira de los puños de la camisa.) Comprendo... digo, no... ¡Oh, sí!... ¿Qué decia V.?

La Mujer. — Pues... que... creia... ¿está V.?... pienso... (*Tose.*) Pues que á Dios le place que mi hija sea toda una señora...

Wurm. — (*Levantándose.*) ¿Qué dice V.?... ¿Qué?

Miller. — Siéntese, siéntese, señor secretario. Mi mujer es una boba. ¿Por dónde habia de llegar á ser señora? ¡Qué necia charla!

La Mujer. — Regaña cuanto gustes, pero yo me sé lo que me sé, y lo que dijo el Mayor, dicho está.

Miller. — (*Fuera de sí, cogiendo el violon.*) ¿Quieres callarte? ¿Quieres ver cómo te rompo la crisma con el violon? ¿Qué sabes tú, ni qué puede haber dicho él? No haga V. caso de su charla, señor yerno. ¡Anda!... ¡á la cocina! De seguro que me tendria usted por un animal, si alimentase semejantes propósitos por lo que dice á mi hija, y no será, señor secretario.

Wurm. — Ni yo merezco tal de V., señor maestro. Siempre se ha portado V. conmigo como hombre de palabra, y mis pretensiones á la mano de Luisa me parecian ya tan aceptadas, como si tuviera en mi poder una escritura con la firma de V. Cuento con mi empleo, bastante á mantener á un prójimo, y ademas con la benevolencia del Presidente; fuera de que si quiero encaramarme á mayor altura, no han de faltar las recomendaciones. V. ve que mis intenciones con respecto á la señorita Luisa son buenas, y si V. se deja embaucar por ese atolondrado caballero...

La Mujer. — Ruego á V. que hable con más respeto, señor secretario Wurm.

Miller. — Cállate, te digo. Está bien, señor mio; todo sigue como antes. Renuevo ahora la contestacion que le dí el otoño pasado. Yo no forzaré la voluntad de mi hija; ¿le conviene V.?... Perfectamente;

Los padres de Luisa y el secretario Wurm.

ella puede ver si será feliz con V... ¿Dice que nones?... mejor que mejor... hágase la voluntad de Dios... quiero decir... que V. carga con las calabazas, y se bebe una botellita con el padre. Al fin y al cabo, es ella quien se casa con V. y no yo... ¿Por qué he de casarla, quieras que no quieras, con un hombre que no le guste? Porque luego el demonio venga á atormentarme en mi vejez, y á cada trago ó á cada cucharada de sopa que me engulla, me esté gritando: Tú, tú fuiste el pícaro que labró la desgracia de tu hija!

La Mujer. — Pues bien; clarito, yo no daré mi consentimiento. La chica ha nacido para algo superior, y si el padre se deja engaitar, yo acudiré á la justicia.

Miller. — ¿Quieres que te rompa los huesos, charlatana?

Wurm. — (*Á Miller.*) Mucho puede el consejo de un padre. V. ya me conoce, señor Miller... digo, me parece.

Miller. — Pero ¡con cien mil diablos! ¡Si es mi hija quien debe conocer á V.! A mí, viejo regañon, pueden complacerme muchas cosas que no sean precisamente del delicado gusto de una muchacha. Yo puedo decir á V., sin errar en un ápice, por ejemplo, si V. es apto para tocar en una orquesta; pero una niña casadera es más avisada que un maestro de capilla, y... en fin, si he de hablar con toda franqueza, señor mio, yo soy todo un aleman... V. no tendrá que quejarse de mis consejos... yo no aconsejaré á la chica que... pero tampoco la disuadiré de tal propósito, señor secretario... Déjeme V. que lo diga todo. Francamente, no me merece una gran opinion... permítame V..., el amante que necesita del auxilio del padre. Si algo vale, se avergonzará de emplear ese viejo expediente con su amada, y si no tiene valor para obrar de otro modo, es un gallina y no se ha hecho Luisa para él. Ahora, cortejar á la chica á espaldas de los

padres, hacer de modo que ella desee mandar al padre y á la madre, al diablo antes que renunciar á V., ó que venga á pedirles de rodillas, por todos los santos del cielo, que la dejen morir de tristeza ó que le dén por esposo al elegido de su alma, á esto yo llamo ser todo un hombre, á esto se llama amar. Quien no sepa abrirse paso de ese modo con las mujeres, ya puede montar á caballo en una pluma de ganso.

WURM.—(*Coge el sombrero y el baston y se va.*) Muchas gracias... señor Miller.

MILLER.—(*Siguiéndole lentamente.*) ¿De qué?... No hay de qué, señor secretario. (*Volviendo.*) Pues señor: se larga sin oirme. Cuando tengo delante á ese zorro, me dan náuseas como si estuviera envenenado. ¡Qué raro y repugnante animal! ¡Si parece que se introdujo en ese pícaro mundo de contrabando con sus maliciosos ojuelos de raton, el pelo rojo, la barba saliente, como si la naturaleza, irritada de su mala obra, le hubiese asido por allí, para echarlo á un rincon... ¡Por vida! Antes que dar mi hija á un patan como ese, preferiria... ¡Dios me perdone!...

LA MUJER.—(*Colérica.*) ¡Perro!... Para tí se peina...

MILLER.—Y tú por otra parte, con tu apestoso caballero... me has sacado de mis casillas, porque nunca estás tan necia, como cuando debieras parecer más racional. ¿A qué viene toda esa charla sobre si tu hija ha de llegar á gran señora? Cabalmente es el hombre, á quien hay que contarle las cosas si quieres que mañana se repitan en la fuente del mercado, porque es de aquellos que van de aquí para allá hablando de la cocina y de la bodega, y si uno suelta delante de ellos una sola palabra... ¡mil bombas!... ya puede estar seguro que se ha echado encima el príncipe, y la querida, y el presidente y un terremoto.

ESCENA III.

LUISA con un libro en la mano.—Dichos.

LUISA.—(*Deja el libro, se dirige hácia Miller y le estrecha la mano.*) Buenos dias, padre mio.

MILLER.—(*Con calor.*) ¡Bravo, Luisa mia!... Me alegro de que diviertas tu pensamiento hácia Dios. Sigue siempre así, y Él te sostendrá.

LUISA.—¡Oh! soy una gran pecadora... padre mio. ¿Está él aquí, madre?

LA MUJER.—¿Quién, hija mia?

LUISA.—¡Ah!... Olvidaba que existen otros hombres fuera de él... Traigo la cabeza trastornada... ¿No ha venido Walter?

MILLER.—(*Con tristeza y gravemente.*) Pensé que hubieras dejado este nombre en la iglesia.

LUISA.—(*Despues de haberle mirado un momento de hito en hito.*) Te comprendo, padre mio. Siento la puñalada que infieres á mi alma; es tarde. ¡Padre!... ya no tengo religion... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y temo... temo... (*Pausa.*) ¡Ah! no, padre mio. ¿Verdad que no hay mayor elogio para el artista que el olvidarle por sus cuadros? Si aparto los ojos de Dios, henchida de júbilo, por contemplar su obra maestra, ¿no es verdad que debe alegrarse de ello?

MILLER.—(*Echándose en una silla, descorazonado.*) Vaya, ¡ya pareció el fruto de tus impías lecturas!

LUISA.—(*Se adelanta con inquietud hácia la ventana.*) ¿Dónde estará ahora? Las señoritas le ven.... le oyen... yo soy una pobre muchacha olvidada. (*Asustada de sus propias palabras, se echa en los brazos de su padre.*) ¡Perdona! No deploro mi suerte; quiero tan sólo pensar un poco en él; esto no cuesta nada. Si pudiera

hacer de mi pobre hálito de vida, soplo cariñoso y suave con que refrescar su aliento! ¡Ah, padre mio! Si la flor de mi juventud.... como violeta, muriera humildemente á sus piés, hollada por él. Porque el insecto se alegre en un rayo de sol, ¿puede acaso castigarle el orgulloso astro del dia?

MILLER.—(*Conmovido, se apoya en el sillon y oculta el rostro.*) Oye, Luisa; la poca vida que me resta daria yo por que no hubieses visto nunca al Mayor.

LUISA.—(*Asustada.*) ¿Qué dices?... ¡Cómo? No; te engañas, sin duda, padre mio. Tú ignoras que Fernando es mio, mio, presente de Dios para hacer mi ventura. (*Despues de un instante de reflexion.*) La primera vez que le ví.... (*con más viveza*) la sangre se agolpó á mis mejillas, el corazon me latia de júbilo, y cada latido me murmuraba: es él. Mi alma reconoció al que echaba de menos toda la vida, y dijo tambien: es él... Y esta palabra resonó alborozada en la creacion entera. Entonces... ¡oh, entonces! apuntó la aurora en mi alma, y brotaron en mi corazon mil alegres pensamientos, como brotan las flores en primavera. Para mí el mundo ya no existia, y sin embargo, nunca me habia parecido tan bello; no me acordaba de Dios, y sin embargo, nunca le habia amado tanto.

MILLER.—(*Corre á ella y la estrecha contra su corazon.*) ¡Luisa! ¡Hija mia! Toma mi cabeza, si quieres... tómalo todo, todo... pero lo que es el Mayor... Dios es testigo que no puedo hacer que sea tuyo. (*Se va.*)

LUISA.—Ni lo quiero ahora, padre. La pobre gota de rocío, que llaman tiempo, se evapora deliciosa soñando con Fernando. Renuncio á él por toda la vida... luego, madre mia, luego, cuando caigan las barreras que nos separan, y soltemos la triste librea de las categorías. Los hombres no son más que hombres. Yo sólo guardaré conmigo mi inocencia. ¿Pues no me dijo mil veces mi padre, que la pompa y los títulos nada

valdrán en la presencia de Dios, y que sólo apreciará los corazones? Entonces seré yo rica, mis lágrimas otros tantos tesoros, y mis buenos pensamientos me valdrán lo que un alta alcurnia. Entonces, madre mia, seré una persona de distincion... ¿A quién sino á mí preferirá entonces?

LA MUJER.—(*Soltando un grito.*) ¡Luisa!... ¡el Mayor!... Ya está aquí. ¿Dónde me escondo?

LUISA.—(*Empieza á temblar.*) Aguarda, mamá.

LA MUJER.—¡Dios mio!... ¡Si estoy hecha una bruja! Me da pena. No me atrevo á presentarme así delante de ese caballero.

ESCENA IV.

FERNANDO DE WALTER.—LUISA.

(Fernando corriendo hácia ella que se echa en una silla, pálida y descolorida. Él, de pié delante de ella. Se miran largo tiempo en silencio.)

FERNANDO.—Estás pálida, Luisa.

LUISA.—(*Echándose en sus brazos.*) No es nada, no es nada... En teniéndote aquí, se me pasa.

FERNANDO.—(*Le coge la mano y la besa.*) ¿Me amas todavía? Mi corazon es el mismo que ayer, y ¿el tuyo? He venido volando por ver si estabas más tranquila, más alegre, y alegrarme tambien yo contigo... y no lo estás.

LUISA.—Sí, sí, dueño mio.

FERNANDO.—Dilo con franqueza; no lo estás. Leo á través de tu alma, como á través de las transparentes aguas de ese diamante. (*El anillo.*) Ni puede deslizarse por él una sombra sin que la vea, ni un solo pensamiento por tu frente sin que lo note. ¿Qué tienes? Habla. A mí me basta ver claro ese espejo, para que

el mundo entero me parezca sin nubes. ¿Qué pesar te aflige?

LUISA. —(*Le mira un instante en silencio, y luego le dice con melancolía.*) ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Si supieras qué efecto causan tales palabras en el corazon de una pobre menestrala!

FERNANDO. —¿Qué quieres decirme? (*Con sorpresa.*) Oye, ¿cómo se te ocurre esta idea? Tú eres mi Luisa, ¿quién te dijo que debias ser otra cosa? Ves ¡qué mala eres! ¡qué fria! Si me amaras de veras no podrias establecer comparaciones. Junto á tí, toda mi inteligencia se abisma en tu mirada, y lejos de tí, en un sueño. Y tú, tú en cambio, guardas aún cierta prudencia en el amor... ¡Ah! debieras avergonzarte de ello. Los instantes que empleaste en esa pena, me los robas á mí.

LUISA. —(*Le coge la mano y mueve la cabeza.*) Quieres adormecerme, Fernando, y alejar mi mirada de ese abismo, donde caeré sin duda. Yo no pierdo de vista... ni la fama... ni tus proyectos... ni tu padre... ni mi nulidad. (*Suelta la mano como asustada.*) Fernando, van á herir nuestros corazones; nos separan.

FERNANDO. —Nos separan. (*Levantándose.*) ¿Qué sugiere este presentimiento, Luisa? ¡Nos separan!... ¿Quién puede romper el lazo de dos corazones ó separar los tonos de un mismo acorde!... ¡Que soy noble! ¿Por ventura mis títulos de nobleza son más antiguos que la ley impuesta al universo, y mi escudo, más poderoso que el decreto del cielo, escrito en la mirada de mi Luisa: esta mujer pertenece á este hombre? ¡Que soy hijo del Presidente! Sea. Sólo el amor puede endulzar las maldiciones que la conducta de mi padre atrae sobre mí.

LUISA. —¡Si supieras cuánto le temo á tu padre!

FERNANDO. —Pues yo no temo nada sino la falta de tu amor. Ya pueden amontonarse obstáculos entre ambos; me servirán de peldaños para volar á los bra-

Fernando y Luisa.

zos de mi Luisa. El rigor de la contraria suerte sólo será parte á inflamar mi afecto, y los peligros te harán á mis ojos más hechicera. No temas, pues, amor mio. Yo mismo velaré por tí, como el dragon encantado los subterráneos tesoros. Fia en mí; no necesitas otro ángel custodio. Yo te escudaré contra el destino, recibiré por tí los golpes, recogeré por tí cada gota de júbilo en el vaso del amor, para deponerlo en tus manos. *(La abraza tiernamente.)* Apoyada en mi brazo, Luisa cruzará alborozada la senda de la vida. Has de volver al cielo más bella de cuando lo dejaste, y confesará admirado que sólo el amor da la último mano á las almas.

LUISA.—(*Alejándose de él, vivamente agitada.*) Basta; te lo ruego, calla. ¡Si supieras!... Déjame. No sabes que tus esperanzas se convierten en ponzoña en mi corazon. (*Hace que se va.*)

FERNANDO.—(*Deteniéndola.*) ¡Luisa!.... ¡Cómo!... Qué... ¡Qué mudanza!...

LUISA.—Olvidé este sueño y era feliz, y desde ahora, desde este dia, he perdido todo reposo. ¡Oh impetuosos deseos!... Ya sé que van á agitar mi alma. Véte, ¡Dios te perdone! Arrojaste la tea inflamada en mi jóven corazon, en mi corazon tranquilo, y no ha de apagarse jamás.

(*Vase corriendo; él la sigue en silencio.*)

ESCENA V.

Salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE, lleva colgada al cuello una condecoracion y una estrella al pecho. El secretario WURM; salen juntos.

EL PRESIDENTE.—¡Mi hijo enamorado seriamente! Amigo Wurm, no me persuadirá V. á creerlo.